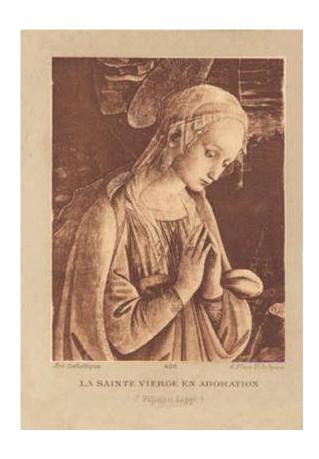
MADRE DE DIOS Y NUESTRA



LA ANUNCIACIÓN SANTISIMA VIRGEN MARÍA



DE LA

Esta gran fiesta tomó su nombre de la buena nueva anunciada por el arcángel Gabriel a la Santísima Virgen María, referente a la Encarnación

del Hijo de Dios. Era el propósito divino dar al mundo un Salvador, al pecador una víctima de propiciación, al virtuoso un modelo, a esta doncella –que debía permanecer virgen- un Hijo y al Hijo de Dios una nueva naturaleza humana capaz de sufrir el dolor y la muerte, afín de que El pudiera satisfacer la justicia de Dios por nuestras transgresiones.

El mundo no iba a tener un Salvador hasta que Ella hubiese dado su consentimiento a la propuesta del ángel. Lo dio y he aquí el poder y la eficacia de su Fíat. En ese momento, el misterio de amor y misericordia prometido al género humano miles de años atrás, predicho por tantos profetas, deseado por tantos santos, se realizó sobre la tierra. En ese instante el alma de Jesucristo producida de la nada empezó a gozar de Dios y a conocer todas las cosas, pasadas, presentes y futuras; en ese momento Dios comenzó a tener un adorador infinito y el mundo un mediador omnipotente y, para la realización de este gran misterio,

solamente María es acogida para cooperar con su libre consentimiento.

Con afecto, Felipe santos, SDB

Málaga-junio-2008

ALÉGRATE

Cada vez que recitamos la oración" Ave María", queremos entrar con María en el inmenso misterio de la obra divina de la salvación.

Retomamos las palabras pronunciadas por el ángel en el momento de la Anunciación porque solamente el ángel es quien hace entrar a María en este misterio, puede introducirnos en el mismo misterio. Queremos recibir toda la luz que se le ha concedido a la que fue elegida

para ser la madre de Cristo y de cada uno de nosotros para cooperar en la transformación del destino de la humanidad. Necestamos abrirnos a esta luz para que nuestro propio destino pueda estar estrechamente ligado al de María.

"Ave María" puede ser una expresión que se repita mecánicamente con demasiada facilidad. Para paliar este defecto, debemos continuamente redescubrir el significado de las palabras pronunciadas por el ángel según la recitación evangélica de Lucas: "Alégrate, llena de gracia". El ángel no dice literalmente: "Ave, María", como si se tratara de un simple saludo, sino que invita a María a alegrarse y la llama "colmada de gracia". Se trata pues de una invitación a la alegría unida a la revelación de un estado excepcional de gracia.

Es verdad que la forma verbal « Kaire », empleada en el lenguaje del evangelista, podía significar, en las relaciones sociales de los pueblos de lengua griega, « saludo » o « buenos días», pero conservaba siempre su valor fundamental de una invitación a la alegría.

Por esta razón la palabra se tradujo al latín por una fórmula de saludo: "Ave".

Esta circunstancia no parece corresponder a las circunstancias en las cuales el ángel pronunció estas palabras: en el momento más importante de la humanidad, ¿cómo se puede imaginar que el ángel, plenamente consciente del valor supremo de su misión, dijera a María: "Buenos días", como si ese día fuera parecido a los otros? Un saludo banal no podía convenir en esta hora decisiva.

Al inicio del diálogo que debía abrir la vía a la venida del mundo del Salvador, el ángel ha dado su verdadero significado a la invitación: "Alégrate". Nunca un alégrate habría podido tener un sentido tan fuerte. María fue invitada a alegrarse porque había sido elegida para contribuir al acontecimiento tan esperado del nacimiento de un Salvador que debía cambiar el rostro del universo.

Contrariamente a los Padres latinos que interpretaban la palabra del ángel como un saludo, los Padres griegos, más aptos para distinguir los matices de su lengua, han reconocido en « Kaire » una invitación a la alegría que habría tomado una importancia esencial en la acogida reservada del mensaje divino. El alégrate ponía el acento en la búsqueda esencial de Dios cooperando en la obra de la salvación. El ángel invitó pues a

María a entrar en el misterio divino con una verdadera alegría personal.

La invitación a la alegría dirigida a la hija de Sión

La invitación formulada por el ángel en el momento de la Anunciación había sido precedida de varias invitaciones a la alegría mesiánica, formuladas en textos proféticos de la antigua alianza. Las invitaciones estaban dirigidas en particular a la "hija de Sión", es decir al pueblo judío. Un oráculo profético que expresa esta invitación es conocida porque se cita en los evangelios (Mateo 21,5; Juan 12,15) para probar su realización en la entrada de Jesús en Jerusalén, entrada acompañada de gritos de entusiasmo de la multitud.

En el libro de Zacarías, el pueblo era invitado a una gran alegría por la venida del rey

mesiánico, venida que comportaba un aspecto de humildad, conforme a las intenciones de un rey pacífico: "Exulta con fuerza, hija de Sión, grita de alegría, hija de Jerusalén. Mira que vine tu rey .Es justo y victorioso, humilde, montado en un asno y en un pollino, el pequeño de una burra.

Hará desaparecer los carros de Efraín y los caballos de Jerusalén, el arco de guerra será roto, anunciará la paz a los pueblo, dominará de un mar a otro y desde los ríos a los confines de la tierra" (9,9-10). Este rey debe ser acogido con alegría, no sólo porque es victorioso sino sobre todo porque crea un reino universal de paz.

Otros profetas
unen la
invitación a la
alegría a la
presencia del
Dios Salvador
en medio de
su pueblo .
Para Sofonías,



Anunciación [Carmrlitas de Florencia]

esta invitación es también muy fuerte: "Exulta, hija de Sión ;lanza gritos, Israél! Alégrate, hija de Jerusalén, el Señor ha revocado tu condenación, ha separado al enemigo. El rey de Israel, el Señor, está en medio de ti, no verás más el mal. El Señor, tu Dios, en medio de ti, es un Salvador poderoso". No sólo la presencia del Señor todopoderoso es la garantía de la felicidad, sino en el mismo Señor se encuentra la alegría que quiere comunicarnos: el Señor tu Dios "exultará de

alegría por ti, te cambiará por su amor, se alegrará por ti con gritos de alegría, como durante los días de fiesta" (3,14-18).

Para Joél, las maravillas cumplidas por el Señor son motivos de invitación de alegría: "No temas, tierra, sino alégrate y goza, porque el Señor ha hecho grandes maravillas" (2,21). Dios promete una gran abundancia de bienes: "Comeréis en abundancia hasta la saciedad y alabaréis el nombre del Señor vuestro Dios que ha hecho maravillas por vosotros. Sabréis que estoy en medio de Israel y que el Señor es vuestro Dios" (2,26-27). La exhortación a la alegría proviene pues de las maravillas realizadas, prometidas y de la presencia divina que estas maravillas ponen en evidencia.

Otro motivo de la llamada a la alegría se describe en el libro de Isaías: una fecundidad venida de lo Alto, que supera toda esterilidad : "Exulta, oh estéril que no has parido nunca, estalla en cantos de triunfo y lanza gritos de triunfo y lanza gritos de alegría, tú que no has sentido dolores, pues los hijos de la abandonada son más numerosos que los de la mujer casada, dice el Señor" (54,1). El pueblo es invitado a alegrarse de la fecundidad anunciada gracias a la toma de las relaciones de amor entre Dios y su pueblo: "Durante un momentito te he abandonado, pero yo te encontraré con un amor inmenso" (54,7).

La invitación a alegrarse, dirigida por el ángel a la Virgen de Nazaret, debe comprenderse en la perspectiva de las invitaciones que el Dios de la antigua alianza había dirigido a su pueblo. Los diversos motivos enunciados en los oráculos de los profetas encuentran su plena realización en el diálogo de María con el ángel: María es invitada a la alegría por la venida del

rey mesiánico, por la presencia del Dios Salvador en medio del pueblo, por las maravillas realizadas y las promesas de Dios a favor de todos, por la fecundidad excepcional que se le propone en la Anunciación.

María era exhortada entonces a reunir en un impulso de alegría todo lo que había sido anunciado como fuente de alegría en la religión hebrea.

De hecho, era invitada no solamente a retomar todos los motivos del pasado, sino además recibía una revelación que superaba grandemente todo lo que había sido anunciado antes. El impulso de la alegría que había comenzado a manifestarse en tiempos de la antigua alianza para la venida del reino mesiánico que debía desarrollarse plenamente en la mujer elegida como madre del Salvador.

Invitación de alcance universal

Considerando que la invitación a la alegría había sido dirigida ante todo a la hija de Sión, la palabra « alégrate » aparecía claramente en su aporte universal. Se dirigió personalmente a María pero María toma el lugar de la hija de Sión y representa pues al pueblo judío en el curso del diálogo con el ángel. Este valor de representación toma así todo su significado en la Anunciación que pone al día un proyecto de alianza. En la historia del pueblo hebreo, las narraciones de alianza son numerosas, alianza establecida entre Dios y un hombre que representa al pueblo. La más conocida es la que Señor concluye con Moisés y que se narra en el capítulo 24 de Éxodo. Por esta alianza, una unión inseparable con Dios se prometió a Moisés: "Estaré contigo" (Éxodo 3,12). La seguridad dada a María con estas palabras: "E/ Señor está contigo" (Luc 1,28) revela la intención divina de concluir la alianza.

La intención es sorprendente. Todas las alianzas precedentes se habían concluido entre Dios y un hombre especialmente elegido. Esta vez, se trata de una alianza deliberadamente querida entre Dios y una mujer. En el pasado, sólo los hombres parecían destinados a representar al pueblo delante de Dios.

La Anunciación abre una nueva perspectiva: por primera vez, una mujer representa al pueblo para la conclusión de la alianza. Es la representación pedida por el plan divino para la alianza definitiva.

En adelante, en la historia de los pueblos, el hombre era juzgado privilegiado en relación con la mujer, pero en el mensaje del ángel, Dios elige una mujer para la única alianza verdadera. Las alianzas precedentes eran únicamente figuras o prefiguraciones de la verdadera alianza que debía realizarse en Cristo. Para crear esta verdadera alianza que implicaba la remisión de los pecados y el don de la salvación, Dios pedía el consentimiento de una mujer. Envió un ángel para hacer esta petición y esperaba una respuesta libre, que habría comprometido a María en una

cooperación totalmente consagrada al cumplimiento del designio divino.

Sin su consentimiento y su cooperación, el gran proyecto de la salvación de la humanidad no habría podido devenir realidad. En el momento de la Anunciación, el destino del universo dependía de la respuesta de una mujer ,porque Dios no habría querido salvar a la humanidad sin la adhesión de una persona que la

representara perfectamente a sus ojos. El « sí » de María era absolutamente necesario para la conclusión de la alianza, en virtud de una Voluntad soberana del Padre.

La Biblia nos trae otros casos de nacimientos extraordinarios generados por el poder divino, más particularmente como una maravilla obrada en una mujer estéril, pero en estos casos, el anuncio del nacimiento no necesita consentimiento;

la mujer se alegra sencillamente por el favor obtenido gracias a la benevolencia divina. En el caso de la Anunciación, el ángel no se va antes de obtener de los labios de María el consentimiento requerido. El fin de la visita del ángel era el de suscitar y recoger su consentimiento.

Hemos observado que en la perspectiva tradicional de la religión judía, María representaba la hija de Sión y por tanto al pueblo elegido, invitado a alegrarse por la venida del rey mesiánico. El mensaje del ángel sobrepasaba esta perspectiva, porque el horizonte de salvación no se limita a un solo pueblo. Este mensaje que anuncia la venida de Jesús salvador, va más allá de las fronteras de Sión y se dirige a María en cuanto representante de todos los que son llamados a beneficiarse de la obra salvífica de Cristo. María, en efecto, es la representante de toda la humanidad destinada a abrirse al designio de salvación.

El deber de alegrarse

Llamada a dar su consentimiento al proyecto divino expuesto por el ángel, María juega un papel esencial en el cumplimiento de la

Encarnación redentora. A partir del momento en que la Virgen de Nazaret pronunció estas palabras: "Hágase en mí según tu voluntad" (Luc 1,38), el Hijo de Dios se hace hombre. La cooperación de la mujer ha tenido una influencia decisiva en el acontecimiento más grande de la

En la manera de expresar este consentimiento, podemos observar un matiz que ayuda a comprender los sentimientos de María. La forme

verbal traducida:

humanidad.



Anunciación [L. Seitz, Santuario de la Virgen de Loreto]

« hágase en mi tu voluntad», sirve para expresar deseos personales. Su sentido es que María no sólo hace su propio deseo según el deseo conforme a la voluntad divina sino que desarrolla en ella misma deseos que siguen la misma orientación. En lo más profundo de su corazón, vive en armonía con la voluntad del Padre.

Esta preocupación de armonía íntima con el designio divino ilustra el rostro femenino de la alianza. Concluida con los hombres, la alianza había sido concebida con los hombres, la alianza había sido concebida y utilizada como un pacto de acción, poniendo el acento en la fuerza en la lucha. La alianza de Dios con la mujer tiende a hacer prevalecer los valores afectivos y en realizar una unión en el amor. Si la alianza de tipo masculino concentra los esfuerzos sobre la preparación a la guerra y

quiere sobre todo asegurar el triunfo de las armas, la alianza con la mujer intenta más bien establecer y organizar un régimen de paz, un régimen que favorezca las relaciones cordiales y la buena entente.

Si constatamos la orientación afectiva de la alianza femenina, podemos comprender mejor la intención de Dios que ha invitado a una mujer a la alegría por el mensaje de la Anunciación. Los sentimientos de la mujer destinada a vivir plenamente la alianza debían favorecer el desarrollo de la alegría de la salvación. Por este motivo, la primera forma de cooperación, por parte de la mujer elegida para la conclusión de la alianza perpetua y definitiva, debe ser una reacción del corazón para entrar y hacer entrar en la inmensidad de la felicidad prometida.

Muy evidentemente, "Alégrate" no es una exhortación de orden secundario. Es la primera palabra que el ángel dirigió a María, la primera palabra que el Padre hace resonar a sus oídos, en el momento capital del anuncio de salvación que desea comunicar a la humanidad. La invitación a la alegría es pues de primera importancia.

El fin de toda la obra de salvación se desvela en esta invitación. Todo lo que ha querido el Padre, todo lo que lo ha lanzado a enviar a su Hijo a la tierra estaba orientada hacia nuestra alegría, nuestra felicidad. Como quería que María coopere plenamente en su obra, deseaba que estuviera asociada a esta intención soberana y que la primera reacción del alma de la cooperadora fuera la de compartir el primer paso del amor divino del Padre con los hombres. María debía ser la

primera que hubiera tenido la experiencia de la alegría preparada por el Padre para sus hijos.

Al entrar en esta alegría, María ha sido también la primera en extenderla. La invitación le era personalmente dirigida a la persona que representaba a la hija de Sión y llevaba en sí el destino no sólo del pueblo elegido sino de la humanidad que se beneficiaba del amor divino salvífico. Tenía pues la misión de comunicar a los demás su propia felicidad, una misión que era también la del papel maternal que se le atribuía en el designio de la salvación. Sería una madre que deseaba compartir sus alegrías con sus hijos.

La invitación a alegrarse revelaba el vínculo entre la alegría y la gracia. El vínculo aparecía en la asociación entre dos palabras « alégrate » y « colmada de gracia». En la lengua griega, las dos palabras están estrechamente unidas

por la semejanza de la pronunciación (kaire kekaritomène). Pero están sobre todo unidos por el hecho de que la fuente de la alegría de María es la abundancia de la gracia. La coincidencia de la gracia no es el hecho por azar: la que recibe del ángel el deber de alegrarse y de hacer participar la comunidad humana en la alegría es la que ha recibido

El don de una gracia excepcional. Su ejemplo ayuda a comprender cómo la perfección de gracia se expresa en una perfección de alegría y cómo exaltación de alegría manifiesta la transformación interior que produce la acción secreta de la gracia de la gracia al dilatar las profundidades del alma.

El primer role que María recibió del Cielo fue el de alegrarse; es el signo de la importancia de la alegría a los ojos de Dios.

Esta importancia ha sido puesta a la luz desde el primer instante del anuncio de la buena nueva. Será confirmada en toda la enseñanza de Jesús, no solamente en las Bienaventuranzas sino en numerosas circunstancias, más particularmente en las palabras pronunciadas en el momento oloroso de la Pasión. La narración de la Anunciación tiene el gran mérito de hacer la primera llamada a la nueva alegría, guiarnos toda nuestra vida.